

El libro, constituye un documento-archivo poblado de historias, diálogos, atmósferas, pasiones vivas y espacios habitados por personajes que no han dejado de hablarnos a través del tiempo, un ejercicio virtual para que el lector-espectador pueda hacer suyas tantas máscaras e identidades como sean posibles. Cid retorna, con este compendio argumental, al rigor y los ideales científico-poéticos del Renacimiento.

Eduardo Blázquez Mateos
Profesor Titular en Artes Escénicas (URJC)

Fus. dicitur in ...

LES FLVS DEA

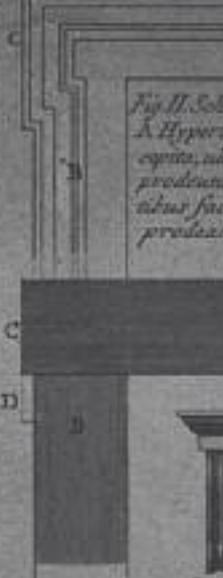


Fig. III.

A Corona et fascia, que circumagitur in Sepulchro Metelle ad viam App...



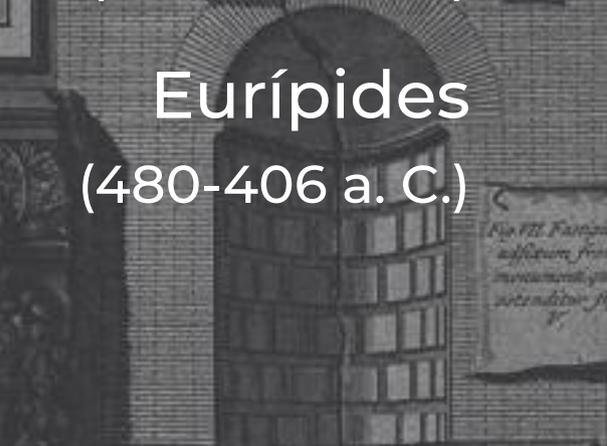
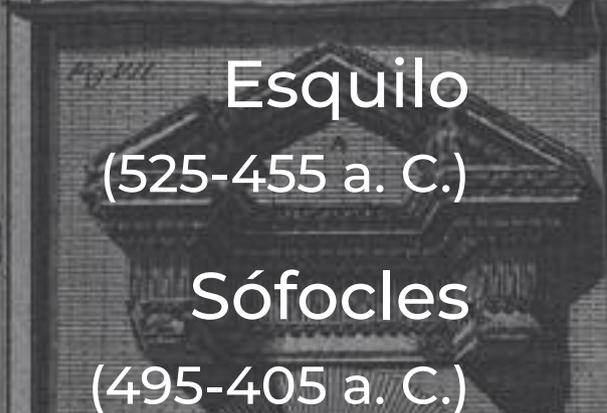
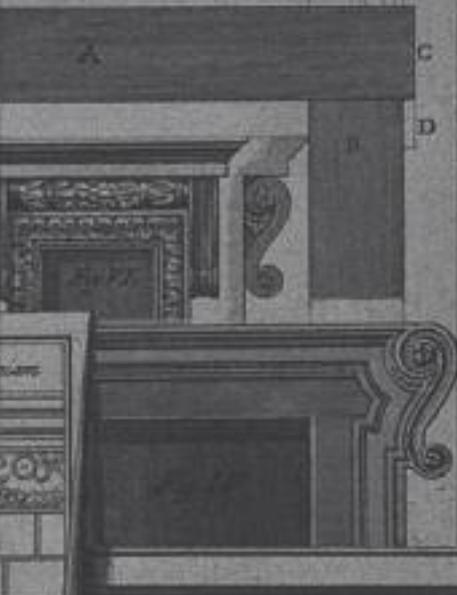
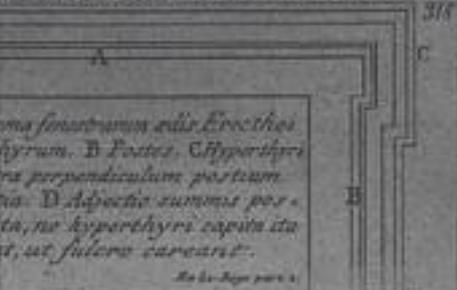
Fig. VIII.



medis, vulgo, La Caffarella, ...



La ...



Esquilo
(525-455 a. C.)

Sófocles
(495-405 a. C.)

Eurípides
(480-406 a. C.)

Fig. IX et X. Ex cippo, quod videtur transitorium in aedibus Farnasiarum.

Fig. VII. Farnasiarum aedificum, quod videtur transitorium in aedibus Farnasiarum.

ESQUILO

PROMETEO ENCADENADO

Tragedia clásica griega

Personajes: Cratos (El poder). Bia (La fuerza). Hefesto, Prometeo, Coro de Oceanídes, Océano, Ío y Hermes.

La acción transcurre en el extremo norte de Europa, en un lugar desierto y abrupto.

Prometeo es conducido por Cratos y Bia hacia un peñasco. Hefesto los sigue con sus útiles de herrero, pues debe cumplir el mandato de Zeus que condena a Prometeo (“el Titán”), a sufrir un cruel castigo por desafiar el poder divino. Cratos, implacable, ordena al herrero clavar con hierros y cadenas al condenado. Muy a su pesar cumple las órdenes y deja allí al dolido Prometeo, quien durante la ejecución de la pena no dice ni una sola palabra.

Un ruido trepidante llama su atención. Es el coro de Oceanídes, las hijas del Océano, que vienen en su ayuda.

Las deidades se hacen eco del ultraje de Prometeo, pero al mismo tiempo reconocen la palabra divina y su mandato. Prometeo predice al coro, con un lenguaje altivo y arrogante, que un día desvelará un importante secreto que hará perder el cetro y el poder al gran Zeus.

El corifeo pide a Prometeo que cuente la causa de su dramático presidio. El fue el único de los dioses que se opuso a la decisión de Zeus de acabar con la raza humana.

Su amor por los hombres le hizo desafiar la ira del dios supremo y salvarles de la obsesión de la muerte entregándoles el fuego, origen de todas las artes.

Aparece Océano montado en su carro. Conoce la desgracia de su amigo y acude a confortarle con su amistad, pero como teme al dios tirano le pide a Prometeo que enmiende su actitud y cambie su modo de ser.

Tras esta visita, el coro lamenta el despotismo y la ira de los dioses, y las leyes caprichosas e injustas que obligan a mortales e inmortales a obedecer ciegamente. Prometeo cuenta al corifeo que su actitud hacia los hombres no tuvo otra motivación que su amor por la sabiduría y las artes.

Los mortales eran como niños sin conocimiento; él les enseñó la arquitectura, la astronomía, la medicina y la adivinación.

Io aparece ante Prometeo.

La muchacha ha sido convertida en vaca por los celos de Hera y la crueldad de Zeus. Ella también se queja de la injusta decisión de los dioses.

Prometeo y la joven entablan un diálogo en el que se cuentan mutuamente las penurias y desgracias que les esperan por culpa de la arbitrariedad y la insolencia de Zeus. Le advierte que Zeus caerá por sí mismo a causa de su frialdad y ligereza, y lo único que podrá salvarle es el consejo de Prometeo, una vez liberado. Prometeo predice a Io que del amor con Zeus engendrará a Epafo, y que nacerá el libertador de sus cadenas. Io huye horrorizada ante las palabras de Prometeo quien lanza nuevas plegarias al Olimpo.

Dice al dios supremo que un hijo suyo nacerá portando un arma invencible, aún mas fuerte que el tridente de Poseidón. Las dramáticas palabras de Prometeo llegan a oídos de Zeus. Hermes, el mensajero, se presenta en su nombre y le pide que revele el secreto con el que pretende amedrentar al

gran dios. Prometeo se resiste porque sabe que aunque su sufrimiento se prolongue y el castigo llegue algún día a su fin, nadie podrá vulnerar su esencia inmortal.

El final no se hace esperar: un rayo que proviene del Olimpo ilumina el cielo y tras su ruido atronador se desploman las rocas y sepultan al condenado y al coro, que hasta el último momento no quiso abandonar a su compañero de penas. Prometeo, en un gesto de rebeldía, invoca una vez más a los elementos para que presencien la injusta y dramática determinación del todopoderoso Zeus.

ESQUILO (525-456 a. C.). Nacido en Eleusis. Fue autor de un centenar de tragedias, de las que sólo unas pocas han llegado hasta nosotros: la trilogía *Orestíada* (*Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*), *Las suplicantes*, *Los persas*, *Siete contra Tebas* y *Prometeo encadenado*. Ganó todos los concursos a los que se presentó, hasta que fue superado por Sófocles. Además de autor fue director de escena, y a él se deben la introducción de la máscara y del corutno, así como la presencia de un segundo actor, que hacía posibles los diálogos y la compleja exposición del conflicto.

SÓFOCLES

EDIPO REY

Tragedia clásica griega.

Personajes: Edipo, rey de Tebas. Yocasta, su esposa. Tiresias, adivino ciego. Mensajero de Corinto, criado. Grupo de suplicantes, entre otros.

La acción transcurre en Tebas, frente al palacio real.

Sobre Tebas pesa una maldición. El pueblo, postrado ante la esfinge de Apolo que está ante la puerta del palacio, pide que se haga justicia y que cesen los males y enferme-

dades que aquejan a toda la ciudad. Edipo, con palabras tiernas y afectuosas, comunica a todos que Creonte, su cuñado, ha ido a visitar el templo de Apolo en Delfos para saber la causa de esos males.

Creonte aparece a lo lejos.

Regresa en ese momento de su viaje y cuenta a Edipo que la maldición desaparecerá el día en que pueda ser vengada la muerte de Layo, ya sea a través de la pena capital o el destierro. Edipo comunica a sus súbditos la decisión que ha tomado.

Publica un severo bando en el que incita a los ciudadanos a capturar al asesino. Prohíbe que se le acoja o se le dé comida y manda traer a Tiresias, el ciego adivino, para que ayude a descubrir al despreciable asesino.

El anciano sabio llega a la ciudad y, conocedor de la identidad del verdadero culpable, pide a Edipo que le devuelva a su morada. El rey acusa a Tiresias de conspirar con Creonte para destronarle. Una encolerizada discusión comienza y el vidente termina por preguntarle: “¿Sabes acaso de quién descienes?”, tras lo cual, predice al monarca su destierro y su ceguera.

Creonte por su parte revela al coro su enfado por las desconfiadas palabras de Edipo, momento en el que éste irrumpe en escena y entabla una agria disputa con su supuesto adversario. Ante los gritos e insultos.

Yocasta sale de palacio para socorrer a Creonte que ha estado a punto de perder la vida a manos del rey.

Tranquiliza a su esposo diciéndole que no hay que creer en las predicciones ni en los oráculos. Le recuerda que Layo, su padre, murió a manos de ladrones y salteadores de caminos.

Edipo, que comienza a dudar de su identidad, pregunta todos los detalles del asesinato, así como los rasgos físicos del

padre (“era alto, empezaba a blanquearle la cabeza, y su aspecto no era muy diferente del tuyo”, dice Yocasta).

El fantasma del incesto planea en la cabeza de Edipo. Un mensajero le dice que él mismo lo recogió cuando era un recién nacido de manos de un pastor.

Edipo va en busca de éste, quien le revela que el niño que se llevó al monte era hijo de Layo y de Yocasta.

La revelación arranca del pecho de Edipo un terrible grito: se clava en los ojos el alfiler de oro que sujetaba su vestido y huye con el rostro ensangrentado, mientras Yocasta se ahorca en el tálamo nupcial.

ANTÍGONA

Tragedia clásica griega.

Personajes: Antígona e Isme, hijas de Edipo y de Yocasta. Creonte, rey de Tebas, hermano de Yocasta. Eurídice, su esposa. Tiresias, adivino ciego, entre otros.

La acción transcurre en Tebas, ante el palacio real, al día siguiente de la derrota del ejército argivo y de la muerte de Eteocles y Polinice; Creonte acaba de subir al trono.

El coro entona un canto de alegría por el éxito de las tropas tebanas.

Creonte aparece después para poner en conocimiento del coro su primer decreto: Eteocles deberá ser enterrado con todos los honores, recibirá sepultura como un campeón, mientras Polinice, que regresó del destierro con un ejército extranjero para conquistar a su patria y someterla a la fuerza, quedará insepulto, pasto de los animales salvajes.

Una Antígona desafiante se enfrenta a la decisión del monarca. Un guardián la trae ante Creonte, pues ha sido sorprendida mientras daba sepultura al cadáver del traidor e incumplía así la orden de su padre. Ella reconoce la autoría de la acción y desafía a su rey. Creonte se encoleriza, pero en medio de su furia aparece su hijo Hemón, quien pretende hacer ver a su padre las verdaderas razones que han empujado a Antígona a actuar de ese modo. El padre hace un alegato a la disciplina y condena el caos y la anarquía.

La furia que siente por el desacato de sus órdenes es tal, que condena a Antígona ante el coro diciendo que la enterrará viva bajo una tumba de piedras como castigo a su traición.

Tras la decisión del rey aparece Tiresias en escena escoltado por un lazarillo.

El adivino predice a Creonte los males que le esperan por la severa ley que condena a Antígona. Según palabras del hechicero, no pasará mucho tiempo sin que muera su hijo por causa del doble crimen: impedir la sepultura de un muerto y dar sepultura a un ser vivo.

Ante tal presagio, el rey ordena que se anulen sus órdenes, pero cuando esto ocurre ya es demasiado tarde. Un mensajero llega casi la final de la tragedia y comunica a Eurídice lo que ha ocurrido.

La esposa de Creonte escucha aterrada este relato:

Tras enterrar a Polinice, Creonte ha salido a rescatar a su hija de la prisión subterránea. Al llegar allí se encuentra con Hemón, abrazado al cadáver de Antígona.

La joven se ha ahorcado con su propio cinturón. El padre pide a su hijo, desconsolado, que abandone el lugar. Pero Hemón intenta alzar su espada contra su

padre, con tan mala suerte que falla y termina acabando con su propia vida. La reina no espera el final del relato y corre hacia el interior del palacio.

Creonte, que trae el cadáver de su hijo en brazos, se lamenta de su errónea actitud. En mitad del dolor y la desesperación, un criado sale corriendo del palacio para comunicarle al rey que su esposa Eurídice se ha suicidado tras acusarle y condenarle como asesino de sus dos hijos.

SÓFOCLES (497-406 a. C.). Cuando se entregó un trofeo a los vencedores de la batalla de Salamina, entre los que se encontraba Esquilo, actuó un grupo de jóvenes. Uno de ellos era un bello adolescente que danzaba semidesnudo y tocaba la cítara: era Sófocles. Había nacido 17 años antes en Colona, en el seno de una familia de burgueses atenienses. Desempeñó cargos políticos importantes; fue enviado por Pericles a negociar una salida diplomática a la guerra contra Samos. Ya entonces era famoso como autor dramático. Escribió 123 obras (50 más que Esquilo), pero, como en el caso de éste, sólo siete han llegado a nosotros: *Edipo Rey*, *Antígona*, *Ajax*, *Electra*, *Las traquinias*, *Filoctetes* y *Edipo en Colona*. Sófocles murió a los 90 años, y los atenienses levantaron en su honor un santuario, y por haber acogido en su casa la estatua del dios Asclepios le veneraron con el nombre de Dexion (“el acogedor”).

EURÍPIDES

IFIGENIA EN TÁURIDE

Tragedia clásica griega.

Personajes: Ifigenia. Orestes. Pílates. Coro de esclavas. Un Boyero. Toas, rey. Un Mensajero. Atena.

La acción se desarrolla en Táuride, ante el templo de Artemisa.

La diosa Artemisa había rescatado a Ifigenia en el momento de ser sacrificada por Agamenón en Aulide. En su lugar puso a una cierva y protegió la vida de la joven. A cambio, esta ofició como sacerdotisa en un templo de Táuride, ciudad en la que, según sus costumbres bárbaras, se sacrifica en honor a la diosa a todos los extranjeros que arriban a sus costas.

Ifigenia tiene un sueño premonitorio en el cual ha visto derribarse, a consecuencia de un terremoto, la casa paterna de Argos, de la que sólo quedó una columna dotada con voz y un capitel de cabellos rubios. Ella se ve a sí misma vertiendo el agua sagrada de las víctimas reservada para el sacrificio, lo que le hace vaticinar la muerte de su hermano Orestes.

Orestes y su amigo Pílates han llegado a Táuride con el fin de llevar hasta Atenas una imagen de Artemisa por encargo de Apolo. La esfinge, venerada por los habitantes del lugar, es objeto de un ritual sanguinario.

La orden debe ser cumplida: sólo si Orestes consigue raptar la imagen podrá librarse de las Erinias de su madre, que le persiguen a todas partes por considerarle culpable de asesinato.

Los jóvenes esperan en la noche el momento oportuno para saltar los muros y hacerse con la adorada esfinge. Mien-

tras, Ifigenia, junto al coro, prepara el ritual para un nuevo sacrificio que contente a la diosa.

Un Boyero trae la noticia de que dos extranjeros han sido apresados cerca de la costa. Uno de ellos se llama Polinice; del otro lo único que se sabe es que le persiguen las Erinias y, enloquecido, se ha lanzado espada en mano sobre un rebaño de bueyes, creyendo que se trataba de las diosas.

A Ifigenia, a pesar del odio que siente por los helenos, le duele pensar en el dolor y la muerte que les espera a los dos extranjeros. Sin embargo, no duda en que el rito se cumpla. Los condenados se presentan ante la sacerdotisa cargados de cadenas.

Enterada de que uno de ellos, Orestes, del que aún desconoce su nombre, es de Argos, promete salvarle la vida si hace llegar hasta su casa una carta, pero éste declina en Píldades la misión. Ifigenia cuenta a Píldades el contenido de la carta, y mientras va narrando su historia Orestes descubre que se trata de su propia hermana.

Cuando ambos se identifican tras un largo diálogo de preguntas sobre sus parientes y progenitores, Ifigenia, convencida de la identidad de su hermano, trama la huida de Táuride.

La sacerdotisa pide al rey Toas un barco para efectuar en alta mar unos ritos purificadores antes del supuesto sacrificio de los extranjeros.

Se embarcan en la nave y se alejan con la estatua robada que Orestes fue a buscar por orden de Apolo.

Cuando a Toas le avisan de la fuga, ordena de inmediato una persecución, pero en ese instante aparece en escena Atena, quien impide al rey ejecutar sus órdenes de captura, perdona a los hermanos y pide a Orestes instaure en Halas

el culto a Artemisa, mientras que Ifigenia deberá ser la guardiana de la diosa en las rocas sagradas de Braurón.

MEDEA

Tragedia clásica griega.

Personajes: Medea. Jasón. Creonte. Nodriza. Hijos de Medea. Pedagogo. Coro de mujeres corintias. Egeo. Mensajero.

La acción transcurre en Corinto.

La Nodriza se lamenta ante las puertas de la casa de Medea de la expedición de los argonautas, y como consecuencia, de la unión entre Jasón y la extranjera Medea.

La pareja se estableció en Corinto, pero ahora Jasón, descuidando sus deberes y responsabilidades como padre y esposo, ha contraído matrimonio con la hija del rey Creonte. Medea, desesperada, sufre amargamente esta situación. Maldice a su marido y le incomoda la presencia de sus hijos, fruto de la infelicidad y la traición de Jasón. La Nodriza teme que su ama pueda cometer alguna locura irreparable.

Llega a escena el Pedagogo, que regresa a casa con los hijos de Medea.

Comenta a la Nodriza la decisión de Creonte de expulsar del país a su antigua esposa y a sus hijos, y esto aumenta la preocupación de la anciana, que le pide mantenga a los niños alejados de su madre.

Dentro de palacio, Medea solloza y gime de dolor por su infortunio.

El coro de mujeres corintias, amigas incondicionales de Medea, acuden a consolarla. Ella les pide que guarden el se-

creto de los planes de venganza con los que piensa herir a Jasón.

Creonte llega a casa de Medea y le comunica la orden de que debe partir de inmediato, desterrada de Corinto junto a sus dos hijos. Pero ella, astuta y persuasiva, le pide entre sollozos que le permita permanecer un día más en la ciudad para preparar el viaje.

El rey accede, y esto permite a Medea poner en marcha la maquinaria de su venganza.

Jasón llega para hablar con Medea y promete que la ayudará, pese a su inminente matrimonio con Glauca, hija de Creonte, aunque ella y sus hijos permanezcan en el extranjero. Medea rechaza duramente su ofrecimiento y le pide que se marche. Pero luego le manda llamar y se disculpa: finge ser una madre ejemplar y le pide que interceda ante su esposa y Creonte para levantar la orden de destierro que pesa sobre sus hijos.

Jasón, conmovido por las palabras de Medea, acepta. Junto a sus hijos y un presente muy especial que envía Medea para ablandar el corazón de Glauca, se dirige hacia el palacio de Creonte.

Un mensajero cuenta cómo la corona y el velo enviados por Medea como regalo desatan una horrible escena que causa la muerte por envenenamiento a Glauca y a su padre Creonte.

Medea ha cumplido la primera parte del plan y sus fuerzas flaquean a la hora de acometer la tarea más difícil: el asesinato de sus dos hijos. Dentro de su casa y con sus propias manos les da muerte.

Un carro enviado por Helios transporta a Medea hasta Atenas. Acompañada de los cadáveres de sus hijos, los muestra a Jasón, orgullosa del triunfo de su venganza.

EURÍPIDES (480-406 a. C.). Su biografía ha sido modificada en numerosas ocasiones por historiadores y biógrafos de todos los tiempos. Se dijo que era hijo de un modesto comerciante; que había nacido en Salamina precisamente el mismo día de la famosa batalla, también que gustaba de escribir en una penumbrosa caverna. Lo cierto es que era hijo de un terrateniente, y que murió probablemente de vejez, sin que hubiera a lo largo de su vida ningún episodio relevante. Dedicó su existencia a las letras y a la familia. Su principal característica es la humanidad que trascienden sus personajes, ajena al endiosamiento heroico de sus predecesores, y las pinceladas de comedia que se deslizan entre sus componentes trágicos. Como escribió Nietzsche, el elemento clave de su teatro es la casualidad y no el destino.